

El fervor de algunos revisteros madrileños y provincianos que le defendían á capa y espada los unos más hábilmente y los otros menos.

Las acciones de periódicos que poseía, y la devoción, el apasionamiento de tan enorme periodista como "Don Modesto", cuya pluma, rica, ágil, fantástica, varia, atrevida, pinturera y parcial, bastábase sola para hacer bombista á media España; singularmente la España que no sabe de toros, se deja guiar por la impresión ajena, y sólo va á la plaza de tarde en tarde: cuando llegan las ferias del pueblo, se viene á Madrid por San Isidro, ó cuando, á falta de otra ocupación más entretenida, se mete á pasar la tarde en la plaza.

*Bombita* fué un hombre con mucha vista reinando en tierra de ciegos. Y si el reino de la estocada estaba entonces en una de sus más brillantes épocas con *Machaquito*, el estado vecino, el del toreo, estaba en la mayor oscuridad.

Todos ciegos y *Bombita* con los dos ojos abiertos.

Usted calcule.

## V

## El salto del tapón.

Pero, lo que parecía imposible, el tapón tan reciamente ajustado á la botella del toreo saltó estrepitosamente cuando menos se esperaba.

Dice *Salomón*, *Tarde, Desperdicios* ó *Thekon-leche*, que Dios ciega á los que quiere perder.

*Bombita* se vió solo, acatado por todos, indiscutido, sin rivales que pudieran disputarle el cetro; la prensa, bombista; *Machaquito*, bombista; las empresas, bombistas; los ganaderos, bombistas; la afición... á la afición que la partiese un rayo. El mundo era suyo y marchaba que era un gusto y á su gusto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE JARDINES, MEXICO

Sólo una pequeña nubecilla turbaba tanta felicidad: el toro, y singularmente el toro con poder y con tipo. Mas ¿por qué asustarse? ¿No había resuelto el bombismo el difícilísimo problema de suprimir los enemigos y adversarios? Pues con hacer lo mismo con el toro, en paz y cobrando.

Y surgió aquello que por no designarlo con el nombre rotundo que merecía se llamó eufemísticamente "el pleito de los miuras". Mas la afición se puso en guardia. ¿El torero de la valentía volvía la cara á los toros é invitaba á los demás toreros á emprender un camino de comodidad que á la postre sería la muerte de la fiesta? No, allí no había nada de lo que se decía sino algo que comprendieron en seguida los aficionados, aquellos aficionados á quienes los toreros tomaban por tontos. Por primera vez al sonar contra la piedra la moneda, que como buena estuvo circulando tanto tiempo, sonó de un modo extraño.

—¿Qué es esto?—preguntóse la afición.—  
¿Es que tiene hoja... ó que no es de ley el oro que hemos estado tomando por legítimo?

Al mismo tiempo que la afición, vió, ó le hicieron ver claro, un empresario vivo, el Sr. Mosquera, que tuvo el valor de oponer-

se á las condiciones leoninas de la escritura abierta y las sustituciones.

Y otra vez más la soberbia que engañó á *Bombita* haciéndole creer que podía atreverse á todo y lanzándole á la impremeditada resolución contra los toros de poder y aparato, volvió á cegarle. Se creyó necesario, imprescindible, poderoso, el árbitro del toreo, y arrogantemente se negó á ceder, y arrastró consigo á *Machaquito*, que defendía los mismos intereses, é hizo causa común con él. ¿Cómo iba Mosquera ni San Mosquera á atreverse á fijar en las esquinas un cartel de abono sin los nombres de los dos toreros amos del toreo?

El empresario de la plaza de Madrid tuvo un momento de vacilación. El caso era para dudar. La razón social *Bombita-Machaquito* estaba en todo su apogeo; entre toda la larga lista de toreros que publicaban los periódicos con guía no había ninguno con el suficiente crédito para servir de base á un cartel y de fundamento á una temporada como la de la plaza de Madrid.

—¿Qué hacemos?—preguntó el empresario Mosquera á su representante y consejero áulico.

—No ceder—le contestó Retana dándole

una respuesta muy de acuerdo con el temperamento peleón del empresario.—¿Usted es valiente?

—¡Como que son d'Ourense! ¡Ey, Carballleiral! ¡Quen me dea un pau doulle un peso!

Y con asombro de todos, un día, el 25 de Marzo de 1909, á la hora de hacer *Bombita* y *Machaquito* el paseo en la corrida que iba á celebrarse á beneficio de la Asociación de la prensa, se repartió profusamente en la plaza una hoja en la que la Empresa decía á los aficionados:

“Acercándose la fecha del abono á las corridas de toros, hemos creído conveniente aprovechar la oportunidad de hallarse reunida en nuestra hermosa plaza la mayor parte de la afición, para facilitarle á título de mera información, un avance de los elementos principales con que hasta la fecha se cuenta para el abono, y de los motivos ó causas por las cuales no figuran en él otros muy importantes”.

Seguía la lista de ganaderos y toreros en la que no constaban los nombres de *Bomba* y *Machaco*, y añadía la Empresa:

“Faltando como se ve las dos figuras principales del toreo moderno, *Bombita* y *Ma-*

*chaquito*, toda vez que puede considerarse descartado al clásico Fuentes, parece justo decir á la afición por qué causa ó motivo no vienen al abono aquellos dos diestros.

„Pues bien, el empresario les ofreció todas las corridas que quisieran desde el 11 de Abril hasta el 31 de Octubre, con la condición de no abonarles aquellas que, por causa de heridas ó enfermedades, dejaran de torear. A esta proposición contestaron que no les convenía, y que tan sólo torearían en las condiciones del año último ó sea con escritura abierta.

„Como quiera que muchos aficionados ignoran aquellas condiciones y las de la escritura abierta, expondremos aquí las principales, omitiendo otras muchas bien importantes también, á saber:

“1.<sup>a</sup> Obligación del empresario de darles corridas de toros todos los domingos, desde el 11 de Abril al 30 de Junio, y desde el 15 de Septiembre al 31 de Octubre, y caso de no dárselas, abonar su importe como si las hubiesen toreado.

„2.<sup>a</sup> Torear en cuantas corridas extraordinarias se organicen durante todo el año, ó en otro caso, abonarles su importe.

„3.<sup>a</sup> Cobrar todas aquellas corridas que

dejen de torear por causa de enfermedad ó heridas, cualquiera que sea el punto en que hayan sido lastimados (Francia inclusive.)

„4.<sup>a</sup> No torear aquellas que no les convengan, con sólo advertirlo con siete días de anticipación.

„5.<sup>a</sup> Cobrar por cada corrida, con dos matadores, siete mil quinientas pesetas cada uno, y seis mil quinientas cuando actúen tres ó más“.

„Teniendo en cuenta que en estas condiciones y dados los gastos enormes de arriendo de la plaza, contribuciones, impuestos, etc., no era posible sin exponerse á riesgos tan grandes ó mayores que los del año último, organizar corridas de toros con tan valiosos elementos, se ha prescindido de ellos, con harta sentimiento, y se han rebajado en justa compensación los precios de los billetes.“

Puede calcularse el efecto que haría esta bomba en los bombistas.

De allí á dos días apareció en los sitios de costumbre el cartel de abono sin los nombres de *Bombita* y *Machaquito*, con enorme indignación de sus partidarios y del revisterismo bombista que desde aquel punto y hora les puso la proa á Mosquera y á Miura, á quien atribuía la determinación del

galleguito empresario asignándole una participación secreta en la Empresa de Madrid.

No hay que decir las que cayeron sobre los toreros, que como Pastor y *Gallo*, más destacaron entre los que figuraban en la lista de aquel abono y aparecieron como seguros sucesores de los dos monarcas destronados y desterrados.

Vivita y coleando está en la memoria de todos aquella campaña para evitarnos aquí la repetición de sus violencias, de la saña de los ataques constantes, de las agresiones diarias en la prensa y en los alborotos de los corrillos y mentideros de aficionados al empresario que se había atrevido á tal desmán.

Entonces dieron los bombistas á su ídolo una de las mayores pruebas de amistad y adhesión que puede recibir un hombre de sus amigos no descansando un momento en su defensa, para la que siempre estaban dispuestos, y no dándose punto de reposo en combatir á Mosquera que los oía impasible como bueno y listo gallego, y no se conmovió ni cuando para protestar de la insignificancia del ganado que se estaba lidiando, vió cierta tarde echarse á la plaza, perdidos los estribos, á varios bombistas ca-

pitaneados por uno de los más significados y conocidos amigos de *Bombita*, revistero de un diario madrileño.

Claro está que no era Mosquera la única víctima de los ataques del bombismo rabioso. También tenían las baterías tiros abundantes para los toreros que peleaban con más denuedo por colocarse en el puesto á que tenían mejor derecho y afianzarse en el que ya habían alcanzado.

Todavía deben tener doloridas las costillas Vicente y el *Gallo* de los palos que les dieron y de las injusticias que tuvieron que sufrir.

Para Vicente la pelea fué más breve. El hombre venía decidido á todo, y aquellas estocadas que daba con su peculiar estilo, y con las que se quitaba en seguida de enmedio á los toros, juntamente con razones de paisanaje, le crearon pronto un partido numeroso y resuelto que impuso el torero aún á los que más se resistían á aceptarlo, y los que le combatían tuvieron que bajar la cabeza y cambiar el disco, porque el *Chico de la blusa* venía empujando con tal ímpetu y sus partidarios apretaban tanto en la plaza, y fuera de ella, que hubiera sido locura resistirlos.

No ocurría lo mismo con el *Gallo*, contra quien por otra parte se dirigían con mayor encono los tiros del bombismo, porque en el *Gallo* veían, aún luchando en las desventajosas condiciones en que peleaba, el mayor peligro para su idolo. Pero Rafael estaba en las peores circunstancias para emprender y sostener una guerra tan dura como la que requería la conquista de las posiciones con tanta habilidad asaltadas y con tan singular tesón defendidas por el bombismo.

Tenia el *Gallo* en su contra el lastre de unos años desgraciados en que la falta de salud y la carencia de facultades distanció al hombre de los toros, y esa historia, acrecentada con las invenciones de una leyenda falsa, y diligente para fantasear cuanto pudiera perjudicar al torero, ofreciale á éste más dificultades para salir vencedor del honroso y arriesgado paso en que se había metido, que las que presentaban á su cuerpo, minado por la enfermedad y á su voluntad, vencida por la desgracia, los toros que salen por los chiqueros sin el menor ánimo de dejarse matar.

Nunca, ningún torero ha salido á torear en condiciones, no ya peores, sino semejan-

tes á las que la suerte amiga opuso á Rafael, sin duda para que la gloria de su triunfo fuese mayor. No tenía amigos en la prensa; carecía de partidarios en la plaza.

Yo tengo un cuadrito que el malogrado Lorenzo Jaume hizo pintar para mí, tiempo después, cuando ya hubo gallismo, en el que aparece un gallo encaramado á un montón de periódicos lanzando un triunfal ¡ki-ki-ri-ki! En una esquina del lienzo figuran los nombres de los primeros creyentes en el calvo, de los que tuvimos el valor de proclamar nuestro gallismo y defender el toreo de Rafael en todas partes, cuando el llamarse gallista era motivo de risas y chacotas para el resto de los aficionados. Siete son los nombres que figuran en esta lista. Ninguno de nosotros tenía la menor autoridad en la afición, que ignoraba en masa nuestra existencia.

¿Qué peso podíamos hacer en la plaza, ni cómo defender al torero contra las severidades, injusticias, y asechanzas del bando contrario, que desde el primer instante le combatió á sangre y fuego, porque desde el primer momento, enfermo y vencido por la carencia de condiciones físicas, vió en *Gallito* el enemigo temible, el príncipe legítimo

con indiscutible derecho al trono que el otro usurpaba?

Por su parte el *Gallo*, fiel á su teoría de que el torero con quien se ha de ver es con el toro, no hacía nada fuera de la plaza para conquistarse un núcleo de amigos que pudieran constituir la base de un partido. Él con el toro. Si le aplaudían, alegrábase; si le silbaban, resignábase, bajaba la cabeza y sufría calladamente el castigo que el juez soberano é inapelable le imponía, esperando la hora del desquite, que él sabía segura.

Llevaba yo defendiéndole algunos meses y todavía no nos habíamos hablado el torero y yo. Al final de una corrida supose que *Gallito*, cogido por el primer toro al jugar con él para ponerle un par de banderillas, había entrado en la enfermería á curarse un puntazo del que no quiso darse por aludido hasta que se acabó la fiesta. A la mañana siguiente cuando yo entré en la redacción de *El Mundo*, me dijo Mataix, su director:

—Hombre, vaya usted á ver cómo sigue su *Gallo*, y cuéntelo luego en el periódico.

Yo, como no conocía á *Gallito*, y me era

violento presentarme á él diciéndole: "yo soy Fulano", me hice acompañar por Retana, á quien casualmente encontré al paso, á casa del "Nardo", en cuya modesta hospedería alojábase *Gallito*. Estuvimos allí muy poco tiempo. Ni Retana ni yo le dijimos al torero que yo era el revistero que le defendía, haciéndole justicia, en las columnas de *El Mundo*.

Tiempo después encontré un día en la calle de Sevilla á *Blanquito*, que estaba entonces de banderillero con Rafael. El pintoresco *señó Manuel* se acercó á mí, y con aquel misterio que ponía para decir hasta las cosas más corrientes, me sopló al oído todo lo más bajo que le fué posible:

—¿De mó que osté es ese buen gaché que defiende á Rafaé? No sabe usté er bien que jase, poique si hay un home cabá en er mundo, es esa criatura. Una rosca tierna. Mu buen hijo; mu buen hermanito; mu compasivo con los desgrasiaos. Un home cabá, vamo.

—Mira, Manuel—le contesté.—Á mí todas esas cosas de la familia me tienen sin cuidado. Todos los hombres como Dios manda, son ó hemos sido buenos hijos. Esto del cariño á la familia no ha sido cualidad

taurina hasta que se les ocurrió alegarla como un mérito á algunos blusistas exagerados. A mí lo que me interesa de Rafael es su condición de primer torero de la época y de otras muchas épocas, y lo que me le hace más simpático es la injusticia con que le tratan.

—Si señó, y es nesezario que usté lo conosca.

—Bueno, pues ya nos encontraremos por ahí algún día.

Y efectivamente, bastante tiempo después una noche que Rafael fué al Congresillo, Ignacio Talavera, ese Talavera que tanto ha hecho rabiar á los bombistas, que le atribuían más gatos en el minúsculo abdomen que los que usa *Don Modesto* para andar por la redacción de *El Liberal*, nos presentó á Rafael y á mi.

—¿Pero no se conocen ustedes? Rafael, este señor es *Don Pío*.

—Tanto gusto. Pa servirle. ¿Cómo está osté? ¿Y la familia?

Y ni entonces ni nunca, aún después de tratarnos con la amistad y el afecto naturales en hombres que han estado unidos tanto tiempo por tal pelea, el *Gallo* me pidió que escribiese una sola línea en su favor, ni se

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

64- 1626 MONTERREY, MEXICO

quejó de los que le maltrataban. Yo sí, yo le pedí algo.

—*Gallito*, vamos á ver si mañana nos da usted una buena tarde—le dije al despedirnos.

—Veremos á ver.

Y lo vimos; ¡digo si lo vimos! Como que todavía le duelen á algunos los dientes de tanto como los rechinaron en aquella ocasión.

Pero el camino era trabajoso, largo y difícil.

Era en vano que Rafael pusiese, como en esta técnica pintoresca se dice, toda la carne en el asador. Sus enemigos le regateaban todo, cuando no se lo negaban, que era más expeditivo. Todos los toreros, todos los artistas, tienen gradaciones en su comportamiento. Para *Gallito* no había más medida que una, y mientras á los demás se les computaban tardes buenas, regulares ó medianas, para Rafael no había estados intermedios. Ó superiorísimo ó detestable.

Todas las tradiciones de benevolencia que constituyen la característica de la prensa española quebraban en Rafael. Ninguno de los enemigos de la letra de molde, ni aún los más encarnizados, fué nunca combatido con el rigor que *Gallito*.

En los demás toreros se reconocían cualidades estimables, en éste no, y era el negárselo todo, la expresión del miedo que inspiraba. Su nombre iba siempre escoltado por una carcajada de sus enemigos, que pretendían ahogar en el mar del ridículo al torero que representaba la verdad frente al error que ellos defendían.

Ni aún su estado de salud les merecía la menor consideración, y así hicieron motivo de repetidas burlas la manifestación que de su enfermedad de incontinencia de orina, efecto de la dolencia vesical que padecía, fué visible aquella tarde en que el valiente *Bombita* dejó solo á Rafael en la plaza de Madrid con seis pavos de Veragua y un ventarrón deshecho que imposibilitaba el manejo del trapo.

Despachar aquella corrida en tales condiciones, aún en cabal estado de salud, hubiese sido una hazaña que todavía estariase cantando en otro torero. En Rafael, enfermo, febril y sin fuerzas, fué ridícula caída de la que estuvieron haciendo rechifla los enemigos hasta hace bien poco tiempo.

—Á ver si hoy vuelve el *Gallo* á *mancharse* la taleguilla—nos han estado diciendo los bombistas muchas tardes por vía de sa-

ludo al entrar en la plaza, con una crueldad que sólo tiene disculpa en su ceguera y en lo castigado que estaba siendo su amor propio de aficionados.

No; precisamente aquello, por fortuna para el torero, no ha vuelto á suceder.

Pero si aquel día salió mojado el *Gallo* de la plaza, hay muchos por ahí que están todavía secándose.

## VI

## ¡El "Gallo", no!

Á medida que Rafael fué estirándose, como se dice en el argot de los corrillos taurinos, arreciaba la campaña contra él.

Y fué tan cruel, tan persistente y tan sañuda, que yo abrigo el convencimiento firmísimo de que, á no considerar *Gallito* el deber ineludible en que estaba de atender á su familia y sacarla de la angustiosa situación en que se veía por las circunstancias minuciosamente relatadas en *El libro de Gallito*, hubiese abandonado la lucha dejando el campo libre á quien para vivir necesitaba estar solo.

Pero el *Gallo*, como es sabido, no tiene más pasión que su familia. Su madre, sus